

hablando en nombre de los futuros apóstoles de la Iglesia de Jesús, dice gráficamente: Llevo como carga sobre mis hombros á aquellos pecadores cuyos yerros me es imposible corregir; con tan pesado fardo avanzo por el escarpado sendero que el Señor me señala, y aguardo sin inmutarme la hora oportuna de la liberación y la justicia, que el Todopoderoso hará sonar cuando le plazca. *Sed cum tempus subditis ad correptionem quaeritur, sub ipso culparum pondere patientia praesulis exercetur. Unde bene per psalmistam dicitur: Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores* (Ps. CXXVIII, 3). *In dorso quippe onera sustinemus. Supra dorsum igitur suum fabricasse peccatores queritur, ac si aperte dicat: Quos corrigere nequeo quasi superimpositum onus porto.* (Regulae Pastoralis, Par. II, c. 10.)»

Si, según la política humana, fué error lo que tanto recomienda en los obispos el Magno Gregorio, no sabría yo, señores, definirlo. Sería preciso comparar la historia moderna de Spoleto con la de otras ciudades, cuyos jefes espirituales y temporales otra táctica siguieran, y ver en cuál cundió más y más pronto la gangrena social y religiosa. En todo caso, cuando se trata de misericordia y dulzura, todos los actos que de tales virtudes emanan nos seducen y enamoran; y no lejos de pensar de este modo parece haber estado el austero

pontífice Gregorio XVI, cuando, á despecho de oposiciones, lo nombró Cardenal de la Santa Iglesia Romana, aunque reservándosele *in pectore*, el 23 de Diciembre de 1839.

Conviene, señores, que os fijéis en esta fecha, por más de un motivo importante. Notad que en 1839, Juan María Mastai-Ferretti era ya personaje importantísimo; que no podía dar un paso sin ser observado por todos; que había llegado á la más alta dignidad de la Iglesia, excepto el Sumo Pontificado; que sus deberes episcopales lo retenían en su diócesi, y que los únicos viajes emprendidos en esta época de su vida, fueron de Spoleto á Roma, y á su nueva diócesi de Imola, á que acababa de ser trasladado el mismo año, el 17 de Diciembre. Recordad también que doce meses después, en 14 de Diciembre de 1840, fué ya proclamado Cardenal Presbítero, y que habiéndole *cerrado y abierto la boca* según el rito, é impuéstole el simbólico capelo, le fué asignada, como título cardenalicio, la Iglesia de San Pedro y Marcelino (1).

Torna, torna á tu diócesis revestido de la mística púrpura y ligado á la Santa Sede con vínculos más estrechos que nunca. Ese vivo

(1) Estas fechas hacen patente que el *Juan Ferretti-Mastai*, que por este tiempo entró en una logia masónica en PALERMO, no fué el *cardenal Mastai-Ferretti*.

rojo que cubre tu cuerpo, te recuerda continuamente que has jurado defender los derechos espirituales y temporales de la silla de Pedro *usque ad effusionem sanguinis*, aunque fuere preciso derramar hasta la última gota de tu sangre preciosa. Presto se trocará la túnica purpúrea por la cándida veste del Vicario de Cristo; pero tus promesas subsistirán como siempre, y habrá que unir la firmeza del soberano á la innata dulzura de tu alma.

IV

En efecto, señores: el 6 de Junio de 1846 un inesperado correo de Roma vino á sacar al Cardenal-Obispo de Imola de sus sagradas ocupaciones. Gregorio XVI había muerto: el conclave iba á reunirse: como miembro del Sacro Colegio, era menester que acudiese sin demora á la elección del nuevo Pontífice.

¡Cuántas veces he oído hacer reminiscencias de ese célebre conclave! Quién auguraba la tiara á este purpurado; quién la prometía á aquél; quién la daba al antiguo secretario de Estado de Gregorio; quién á tal ó cual amigo del Austria, entonces cuasi omnipotente en Italia. Pero ninguna conjetura, ninguna probabilidad, ningún augurio favorecía á Mastai-

Ferretti; y cuando la señal conocida anunció la elección, sin proclamar al nuevo Pontífice por la hora avanzada de la noche, á los parientes y amigos de un Cardenal bien diverso, se enviaron correos con erradas noticias.

Papam habemus: resonó el 17 de Junio en las alturas del Quirinal; *tenemos Papa*, clamaron en breve todas las ciudades de Italia y del orbe; y ese *gran gozo* á que excitaba al mundo católico el purpurado pregonero de tan fausta noticia, *annuntio vobis gaudium magnum*, se tornó en breve en verdadero frenesí al saber que el benévolo cardenal Mastai-Ferretti era Pontífice Supremo, y al presenciar los primeros piadosos actos de quien no sin designio escogió el nombre de Pío. Jamás soberano alguno ha tenido mayor necesidad de meditar á menudo en las palabras que el 21 de Junio, al ser solemnemente coronado, se le dirigieron según el rito al quemar la simbólica estopa: *sic transit gloria mundi*. De gloria iba á cubrirse el nuevo Sucesor de San Pedro desde el momento de pisar las gradas del solio; de gloria cual ninguno de los centenares de Papas-Reyes que le habían precedido; de gloria inmensa que había de ser seguida por desventuras también sin ejemplo.

¿Quién no recuerda el mágico efecto que produjo la palabra *amnistía*, pronunciada por Pío IX? Aún resuenan en los oídos de todos,

los cánticos de gozo que, desde los Alpes hasta las playas de Sicilia resonaron en su alabanza; aún se repiten los himnos que en loor de la blanca bandera tremolada por el Vicario de Cristo se cantaban con entusiasmo en los palacios y en las chozas, en las ciudades y en los campos. Jamás conquistador romano fué objeto de las ovaciones que se tributaron á Pío IX, no una vez como á los Césares, sino todos los días y á todas horas. «Acuérdate que eres hombre», se repetía á los vencedores de la antigüedad durante los honores del triunfo. Nadie lo dijo al Pontífice; pero él solo se lo decía á cada paso, al verse exaltado tan alto, y á fuerza de lisonjas impelido por una senda que ningún otro había pisado.

«Un Papa que adopta la revolución francesa para hacer de ella la revolución cristiana, y que la mezcla á la bendición sagrada que derrama sobre Roma y sobre el universo, *urbi et orbi*, desde el balcón del Quirinal; un Papa que hace esta obra sublime, gigantesca, no sólo es un hombre, es un hecho.» Estas palabras pronunciaba lleno de entusiasmo en las Cámaras francesas un bien conocido revolucionario, en Enero de 1848. Parecía, en efecto, que Pío IX había amalgamado los elementos más disímbolos. Al lado del augusto Senado de Cardenales tenía su asiento un Parlamento. Libertad, constitución, pidieron

las masas agitadas, y constitución y libertad les concedió el Supremo Jerarca: les desagradó el uniforme y carácter eclesiástico en los ministros y funcionarios, y seglares con bordados y charreteras se vieron en puestos que antes ocupaban Cardenales y Prelados; guardia cívica quiso Roma, y se distribuyeron armas á la plebe, ávida siempre de novedades. Fué Pío IX por la senda de las reformas hasta la última extremidad; pero la Revolución se encargó de probar al mundo que esa amalgama que el senador francés juzgaba un hecho, era absolutamente irrealizable; se encargó de justificar la sentencia que, algunos lustros después, había de pronunciar el mismo Pío IX, condenando en el famoso *Syllabus* á quien ose afirmar que: *Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.* ¿Á qué recordaros acontecimientos que nadie ha olvidado? Los mismos que aclamaban á Pío IX, y quisieran poner sobre sus sienes la corona de Italia, y verlo al frente del ejército con que aspiraban á humillar á una nación católica, truecan su amor en saña, dirigen contra él sus maldiciones y sus tiros, y lo obligan á salir fugitivo de la ciudad y pueblo que había colmado de beneficios.

En la roca de Gaeta empieza una nueva era para el manso Pontífice. La época de las con-

cesiones ha cesado; principia la lucha. Y esta guerra, notadlo, no es el Pontífice quien la declara, no es él quien la provoca. Él en todo ha cedido, á todo se ha plegado; pero se ha pretendido arrojar ignominiosamente la tiara de su consagrada cabeza para sustituirla con el gorro frigio; y ¿cómo había de sujetarse á tal mengua? Empieza una nueva lucha; pero creedlo, es más fácil que la que acaba de sostener. Para luchar contra ejércitos, para no ceder á tormentos, para salir triunfante de persecuciones, se necesita un alma fuerte, sí, pero no de temple tan heroico como para resistir á las alabanzas y á la gloria. Detenerse en un camino sembrado de flores, cerrar los oídos á la lisonja universal, dominar al dulce enemigo de la vanagloria, esto, señores, se ve muy rara vez en el mundo, y esto lo hizo Pío IX al dar el primer paso en el camino de Gaeta.

Más tarde se propuso á otro Rey lo que antes al Soberano de Roma. En brazos de la adulación se le condujo de crimen en crimen desde el pie de los Alpes hasta el palacio del Quirinal. A cada corona que le obligaban á hacer pedazos; á cada injusticia que se veía forzado á sancionar; á cada sacrilegio que lo compelián á cometer, se rehusaba, se resistía, se negaba: al fin era valiente y caballero, y su familia ha dado santos al cielo y á la Iglesia;

pero el indomable en la guerra y en la caza; el que jamás retrocedió ni ante fieras ni ante huestes contrarias, se rindió á la ambición, se entregó encadenado á los que, á fuerza de llamarlo *grande*, lo condujeron á robados alcázares para poner en sus tristes sienes mal forjada diadema. Ya murió, señores. Dios lo llamó á juicio pocos días antes que al despojado Pontífice: no lo juzguemos hoy nosotros. Comparemos, sí, la figura de Pío IX con la de Víctor Manuel, y nos abismará la grandeza de aquél, venciénose á sí mismo en la época de triunfos y honores, de ovaciones y gloria.

V

Era el 12 de Abril de 1850. La señora de las siete colinas se ostentaba ricamente ataviada cual la esposa el día de las bodas, *tanquam sponsa parata viro suo*. Sus calles cubiertas de flores, sus palacios adornados de ricos tapices, sus templos y edificios prolongando el día venturoso con las brillantes iluminaciones que no se extinguían en toda la noche, proclamaban al mundo que el Pontífice Romano tornaba á su Sede, que otra vez se hallaba entre su pueblo, que ya no volvería á abandonar. Esta vez las aclamaciones que poblaban el

viento no respiraban ya el tono de la falaz demagogia; y repetidas constantemente por veinte años en este fausto aniversario, mil veces atronaron mis oídos, haciéndome testigo presencial del intenso gozo de los verdaderos romanos por la vuelta de su Padre y Soberano.

Hay un viejo proverbio, pasado á regla de derecho, que nos dice: que donde está el Papa, allí también se encuentra la Curia romana: *ubi Papa, ibi Roma*; y de ello dió Pío IX en Gaeta pruebas manifiestas. Olvidado de su destierro y de sus penas, desde allí expidió decretos y leyes, desde allí dirigió epístolas á los obispos todos del orbe católico, consultándolos sobre un gran paso que hacía tiempo meditaba su ánimo piadosísimo. Restituído á su residencia, ya pacífica, puede ahora realizar su intenso deseo; y seguro de que en todas las diócesis de la cristiandad ha existido siempre la creencia de que María, Madre de Dios, exceptuada de la ley general, quedó desde el primer instante de su concepción exenta de la culpa de origen; seguro de que en todas partes se ha considerado esta verdad como perteneciente al sagrado depósito de la Fe; seguro de que los fieles le han prestado su pleno asentimiento, aun antes de estar á ello obligados bajo pena de anatema, se resuelve á llevar á cabo su grandioso desigmo, decla-

rando con toda solemnidad que es dogma de fe el misterio consolador.

No intentaré describiros en este día tristísimo el acto glorioso en que Pío IX, bajo las augustas bóvedas del mayor templo de la cristiandad, circundado por una corona de obispos, tan numerosa y brillante como no se había visto por siglos, hizo resonar su voz infalible ante la arrodillada multitud, y honró como Pontífice á la Inmaculada Virgen que desde niño había venerado con particular devoción. Jamás se olvidará en nuestra patria el 8 de Diciembre de 1854. Méjico, que en medio de sus extravíos ha conservado grande afecto á María en el misterio de su concepción purísima, recuerda constantemente, llena de gratitud, esta declaración solemne, bastante por sí sola para inmortalizar á un Pontífice.

Era la época de paz, de consuelos y de triunfos: era la dulce calma precursora de terribles tempestades. Poco antes de declarar dogma de fe la Inmaculada Concepción de María, había restablecido Pío IX la Jerarquía católica en la perseguidora Holanda y en la protestante Inglaterra. ¡Cómo!, exclamará quizás alguno. ¿No subsiste ya la obra de Enrique VIII? ¿Se ha desplomado el edificio de Lutero? Los hechos, señores, hablan más que los argumentos. Id, id á los países llamados protestantes, y veréis los inmensos progresos del catolicismo. Hijas

del libre examen las herejías del siglo XVI, tenían que caer bajo su propio peso, y ceder de nuevo el terreno á la verdad triunfante. Ya en fines del siglo antepasado señalaba el gran Bossuet las *variaciones* del protestantismo; ya entonces mostraba que casi había tantas sectas como cabezas, y que cada día y á cada hora variaba una religión que no tenía regla segura de fe. Otra centuria ha hecho variar tanto la mentada *Reforma* protestante, que ya no pueden entenderse sus sectarios; y los que no se han acogido al seno de la verdadera Iglesia han caído en las aguas del racionalismo, del panteísmo, del indiferentismo. La divinidad é inspiración de los Libros Santos, de esa única é infalible autoridad, que al principio afectaban reconocer, se niega ya ó se pone en duda por muchos de sus jefes, y aun esté punto de apoyo se ha perdido en medio del naufragio. No basta para sostenerlo toda la tiranía de la anticatólica Prusia; no basta la persecución general á todo el que profesa la verdadera fe. Los pocos restos del protestantismo que han podido salvarse se ven precisados á acogerse á algunas de las antiguas colonias españolas, donde el pueblo, sin instrucción en materia religiosa, y la clase ilustrada atenta tan sólo al lucro temporal, podrán quizá recibir á los tristes desheredados, y dar motivo á que digan los extraños, con sarcasmo, que en materias religiosas,

como en otras, *el progreso no es fruto de los países cálidos*. Sí, hijos míos; mientras aquí, sin examen, sin estudio, sin reflexión, hay quien, retrocediendo tres siglos, se incline al ya muerto protestantismo, en Inglaterra, en Holanda, en Escocia se camina á grandes pasos á la unidad, y á Pío IX cupo la dicha de restablecer la Jerarquía católica en las dos primeras hace cinco lustros, en la fanática patria de Juan Knox momentos antes de morir. Cúpole la satisfacción de ver crecer de una manera asombrosa la población católica de los Estados Unidos de América, y de aumentar en ella en proporción el número de pastores. Aun aquellas provincias que nos arrebataron los azares de la guerra, y por cuya suerte religiosa temblaban en Méjico, al pasar á otras manos progresaron, no sólo en población, industria, comercio, sino también en religión; y los vastos territorios de California, Nuevo Méjico y Tejas, en vez de ver los horrores que nosotros hemos presenciado, sienten ahora los beneficios de centenares de conventos y colegios, de templos y oratorios en ellas construídos á gran prisa; y Pío IX, en medio de la amargura que le causara el indiferentismo de la América aún española, tuvo el consuelo de erigir varios arzobispados y muchas diócesis, donde antes vagaba apenas algún aislado misionero.

¡Cuánto cambió en Oriente la situación de

los cristianos en el reinado de Pío IX! ¡Qué gozo inefable sentimos todos al ver al augusto Pontífice consagrar con sus propias manos á un archimandrita de Bulgaria, que á la cabeza de cuatro mil de sus correligionarios tornaba del cisma á la unidad católica!..... ¿Pero, á qué cansaros, señores? Los números hablarán más claro, y os mostrarán que en el orbe entero es grande el nombre de Pío IX. Al terminar su largo pontificado había erigido treinta sedes metropolitanas y más de ciento treinta episcopales; el número de delegaciones, prefecturas y vicariatos apostólicos pasó de cincuenta. El que grande era como sacerdote, grande era como rey. Prueba de ello las ovaciones de que fué objeto en la visita á sus Estados en 1857. El *hosanna* que lo acogió al poner las plantas fuera de las puertas de Roma, lo acompañó sin cesar en su larga excursión, y siguió resonando con eco dulcísimo, aun durante su paso por el Gran Ducado de Toscana. Estos triunfos, señores, los vieron mis ojos: estas aclamaciones hirieron mis oídos. Sin ser observador ni político, se comprendía la diferencia entre estos *vivas* y los gritos inconsiderados del 48. Salían de corazones agradecidos, contentos con el suave yugo del Papa-Rey, y respirando felicidad en sus dominios.

VI

He recordado ¡oh gran Pío! tus triunfos: es tiempo que recuerde tus penas, tus inefables penas, comparables sólo, como la amargura de la hija de Sión, con la inmensidad del Océano. *Magna est velut mare contritio tua.*

Casi al mismo tiempo que del orbe entero acudían á Roma obispos y doctores para la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, las escuadras de Inglaterra y de Francia volaban á Crimea á contener el ímpetu del enfurecido Moscovita. Las acompañaban unos cuantos millares de soldados de un pequeño reino situado al pie de los Alpes, y que sin intereses en Oriente, sin representación en Europa, no se comprendía qué iba á hacer á tan remotas comarcas. Menos se comprendían los repetidos elogios que á esas tropas se prodigaban á cada hecho de armas en que tomaban parte, aunque insignificante; á cada maniobra y cada movimiento, aunque fuera en una parada militar. Más incomprensible fué todavía el ver al representante del diminuto Piamonte, admitido en el Congreso de París, al lado de los plenipotenciarios de las naciones más poderosas, emitiendo su voto al igual de todos, y ha-

ciendo prevalecer sus extraordinarias pretensiones.

*Astiterunt Reges terrae et Principes con-
verunt in unum adversus Dominum et adver-
sus Christum ejus.* Allí empezó esa liga funesta de los reyes y gobernantes de Europa contra Dios y su santa Iglesia, contra Jesucristo y su augusto Vicario. Allí quedó decretado el despojo del Romano Pontífice y la humillación del catolicismo. ¿Necesitaré recordaros la guerra poco después declarada por el soberano de Francia contra el jefe del Imperio austriaco? ¿Necesitaré traerlos á la memoria que aquél, espantado de sus propias victorias, que lo exponían á más funestas consecuencias que desastres bélicos, se detuvo de repente en su camino triunfal y firmó la inesperada paz de Villafranca?

Es tarde ¡oh Napoleón!, ya diste imprudente el primer paso, y en vano procuras detenerte en la senda resbaladiza por que te has lanzado. Tu alianza con el Piamonte formará un reino que será ingrato contigo, como tú lo has sido con el Pontífice que intentas destronar. La unidad de Italia traerá la unidad de Alemania, y ésta destruirá tus ejércitos, te arrojará del trono, humillará tu Francia, desmembrará su territorio; será, en suma, el instrumento de la Providencia para castigarte y hacerte expiar tus sacrilegios. Es tarde: ya firmaste tu propia

sentencia. ¡Ay de ti, que caerás en el abismo que tú propio has cavado para otros!

Los azares de la guerra dejaron una parte de los Estados Pontificios desguarnecida, y la Revolución, al mismo tiempo que destronaba á varios príncipes, encendía en aquellas provincias el fuego de la rebelión. *Cede*, empezaron á gritar á Pío IX; *cede esa pequeña porción de territorio: conservarás el resto y te harás inmortal.* ¡Hipócritas! Habían decretado el sacrificio, y solicitaban la cooperación de la víctima; habían resuelto el total despojo, y aparentaban pedir una transacción; sabían que el Pontífice había jurado defender á toda costa los derechos suyos y de la Iglesia, y osaban exigirle que violase sus juramentos. *Non possumus*, respondió resueltamente Pío IX, y este *non possumus*, que algunos pudieron entonces condenar en lo humano, los acontecimientos han venido á probar que fué, no sólo una emanación del deber, sino un acto de profunda política. Decid, decid los que citabais en vuestro candor el tratado de Tolentino, y juzgabais que con desprenderse de las *Legaciones* conservaría el resto de su Estado; decid, ¿habrían salido exactos vuestros pronósticos? ¿No diríais ahora de Pío IX lo que la Historia afirma de otros muchos soberanos: *no supo ni caer?*

Non possumus, repitió el gran Pío; y organizando á toda prisa un ejército pequeño, sí,

pero más numeroso que nunca, se preparó á defender sus dominios contra la invasión piamontesa. Era tiempo, en verdad. Impulsado por Napoleón III, marchaba ya sacrílego jefe al frente de numerosísimas huestes, y con rapidez increíble y diabólico arrojo tomaban una tras otra las plazas fuertes y ciudades de la Iglesia. Pero no impunemente. No hubo, es cierto, cual no pocos deseábamos, una Zaragoza en las riberas del Tíber, que sirviera de escarmiento y memoria á los descreídos invasores; pero hubo, en cambio, un Castelfidardo, un desastre de Castelfidardo más glorioso que una victoria.

No es éste el momento de mostraros la aureola que circunda á los heroicos vencidos; uno contra cinco peleaban los pontificios. Un ejército nuevo, con escasos elementos, y si bien con dos valientes jefes á la cabeza, formado de hombres que dejaban en ese instante su dorado palacio ó el tranquilo seminario para empuñar por primera vez las no probadas armas, se hallaba frente á frente con legiones veteranas, aguerridas, provistas de todo y seguras de una fácil victoria. ¿De quién es el honor, de quién la gloria, de quién el verdadero triunfo, el triunfo moral? Sobre los cadáveres de esa brillante juventud, en cuyas filas se hallaba representado todo el orbe católico, y daban con su sola presencia una prueba

patente del amor universal á Pío IX; sobre esos cadáveres de mártires pasaron las huestes del Piamonte á ocupar todos los Estados de la Iglesia, exceptuando tan sólo la pequeña provincia llamada *Patrimonio de San Pedro*. *Cede*, clamaron de nuevo al Pontífice, y *Non possumus* fué su única respuesta. *Cede*, gritó más tarde Garibaldi, invadiendo el territorio que aún quedaba á Pío IX, y el *Non possumus* del inquebrantable Papa-Rey fué esta vez imponente, terrorífico, acompañado de la victoria.

No era ya el pequeño ejército pontificio el de Castelfidardo y Ancona. Con elementos de guerra, con disciplina, con armas competentes, estaba preparado para el combate, y era capaz de resistir á una invasión. Cuando la hora llegó, no se contentó con aguardar al enemigo dentro de los muros de Roma, sino que salió á su encuentro; y vencéndolo en la inolvidable Mentana, conservó por más años á Pío IX la soberanía temporal.

VII

El tiempo vuela, señores, y sin poderlo evitar me he lanzado en un piélagos sin límites, cual es la enumeración, que no historia,

de los principales actos de Pío IX. No os pese seguirme en la difícil pero dulce travesía, que abreviaré cuanto lo permita el asunto. ¿Cómo no llamar, empero, vuestra atención á esas numerosas reuniones de obispos y clero, de fieles y aun heterodoxos, que con tanto brillo y tanta frecuencia circundaron al gran Pontífice? Nunca mejor que ahora pudieron aplicarse á la Ciudad Eterna y á su Soberano los armónicos versos de Prudencio:

*Quidquid non possidet armis
Religione tenet.*

La suerte le ha sido adversa en los campos de batalla; su principado temporal se reduce á su capital y una que otra provincia, sus rentas no bastarían á cubrir ni los gastos más indispensables; pero, en cambio, la voz del Pontífice nunca ha sido escuchada con mayor acatamiento en todos los ángulos de la tierra. Habla, y el óbolo ofrecido á Pedro afluye en tal cantidad, que llena las arcas con desconocida abundancia. Habla, y acude á alistarse á su ejército la flor de la juventud de Europa y del mundo. Habla, y obedientes y dóciles, cual ovejas, abandonan sus rebaños los pastores y vienen á congregarse en torno del Supremo Jerarca.

La vez primera que, después de la declara-

ción dogmática de la Concepción de María, se reunieron en derredor de Pío IX los pontífices del orbe católico, debe quedar impresa en la memoria de los mejicanos. Fué cuando con solemne rito se decretaron los supremos honores de santo al primero de los hijos de Méjico que dió su sangre por la Fe, al mártir del Japón, Felipe de Jesús. Admirad los ocultos designios de la Providencia. Hasta entonces sólo los obispos de Italia acostumbraban concurrir á las canonizaciones de los bienaventurados, á las beatificaciones de los siervos de Dios. Impedidos esta vez por tiránicos decretos, piensa Pío IX en dirigir su llamamiento más allá de los Alpes, y tal es la voz del venerado anciano, que se escucha del otro lado del mar, y acuden, no sólo de Europa, sino de muchas partes de América y de Asia multitud de Pastores. Francia manda muchos de los suyos; Inglaterra casi todos; España muchísimos, y Méjico, altamente interesado en el apoteosis del mayor de sus héroes, ve también asistir á seis de sus Prelados desterrados muy á tiempo de nuestro territorio.

Llega el aniversario secular del martirio del glorioso San Pedro. Vuelve á clamar Pío IX, y vuelven á reunirse en mayor número aún en derredor de la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Entonces, antes de darles el abrazo de despedida, manifiesta el in-